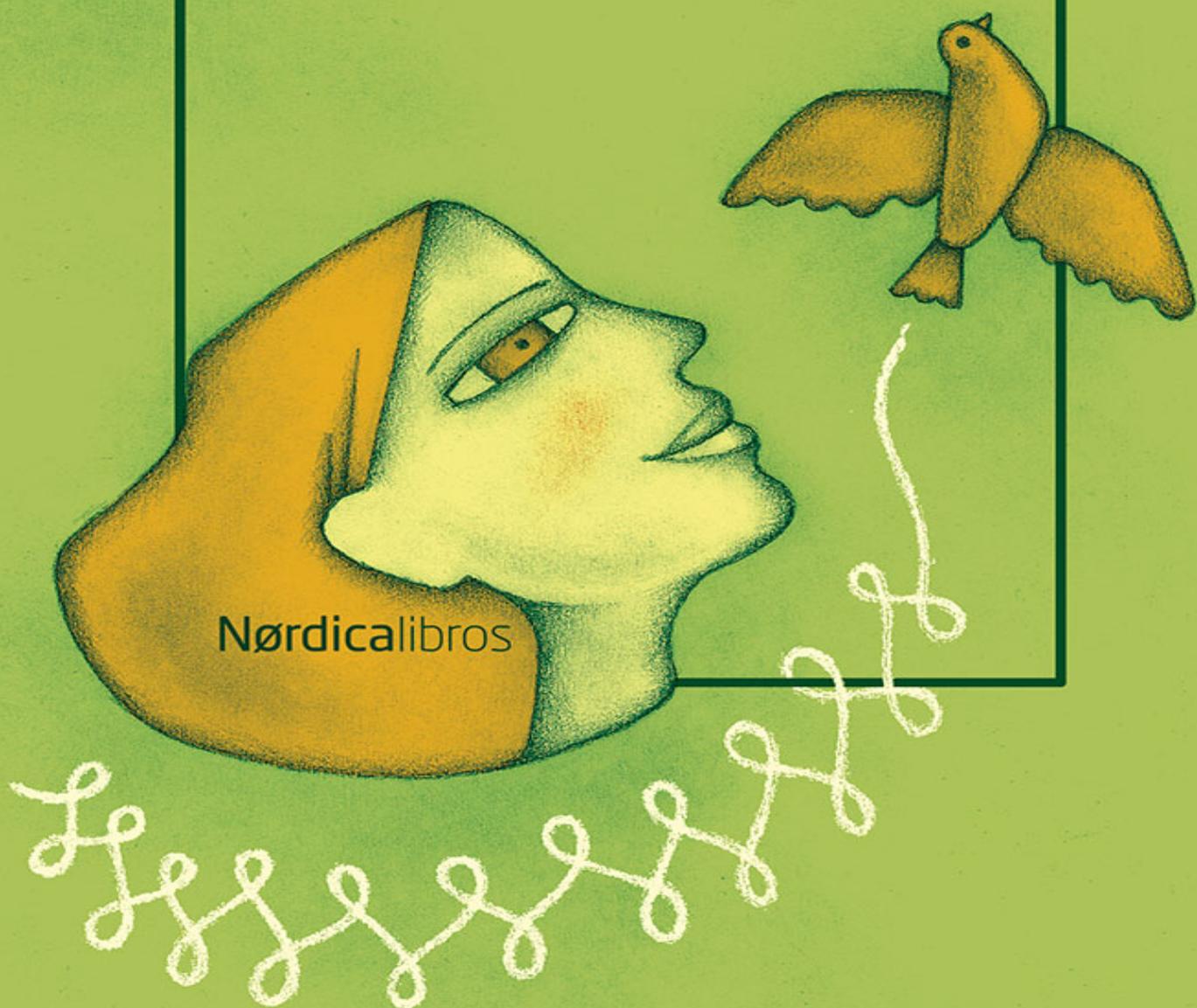


**Ali Smith**

**CHICA CONOCE CHICO**

Traducción de Magdalena Palmer



Ali Smith

# Chica conoce chico

Traducción de  
Magdalena Palmer



*Τάδε νυν ἔταιραις  
ταῖς εμαῖσι τέρπνα κάλως ἀείσω.*

*para Lucy Cuthbertson*

*para Sarah Wood*

*Muy lejos, en otra categoría, lejos  
del esnobismo y del oropel donde  
se han enredado nuestros cuerpos y almas,  
se forja el instrumento del nuevo amanecer.*

E. M. Forster

*Es propio de un mundo estrecho  
desconfiar de lo indefinido.*

Joseph Roth

*Pienso en la diferencia entre historia y mito.  
O entre expresión y visión. La necesidad de narrar  
y la necesidad simultánea de escapar de  
la prisión del relato: distorsionar.*

Kathy Acker

*El género no debería concebirse  
como una identidad estable...  
sino más bien como una identidad  
que se constituye sutilmente con el tiempo.*

Judith Butler

*Practicar solo imposibilidades.*

John Lyly

yo

Y ahora os hablaré de cuando yo era una chica, dice nuestro abuelo.

Es sábado por la noche; los sábados siempre nos quedamos en casa de los abuelos. El sofá y las sillas están arrinconados contra la pared. La mesita de teca que suele ocupar el centro de la sala está debajo de la ventana. Hemos despejado el suelo para practicar las volteretas adelante y atrás, los malabares con naranjas y huevos, la rueda, el puntal y andar sobre las manos haciendo el pino. Nuestro abuelo nos sostiene por las piernas, bocabajo, hasta que conseguimos mantener el equilibrio. Nuestro abuelo trabajaba en un circo antes de conocer a nuestra abuela y casarse con ella. Una vez hizo el puntal en lo alto de una pirámide de equilibristas que también estaban haciendo el puntal. Y además había cruzado el Támesis sobre la cuerda floja. El Támesis es un río de Londres que está a ochocientos cuarenta y ocho kilómetros de aquí, según el gráfico de distancias de la guía RAC que tenemos en casa, entre los libros de nuestro padre. ¿Fue el Támesis?, dice nuestra abuela. ¿No eran las cataratas del Niágara? Ah, el Niágara, dice nuestro abuelo. Esa es otra historia que contar.

Estamos en el momento posterior a la gimnasia y antes de que empiece *Blind Date*. A veces, después de gimnasia, toca *The Generation Game*. En tiempos pasados *The*

*Generation Game* había sido el programa favorito de nuestra madre, mucho antes de que nacióramos, cuando ella era pequeña, como nosotras ahora. Pero nuestra madre ya no está, y además preferimos *Blind Date*, donde todas las semanas, sin falta, un chico elige a una de entre tres chicas, y una chica elige a uno de entre tres chicos, con una pantalla de por medio y la ayuda de Cilla Black. Luego los elegidos del programa de la semana anterior vuelven y hablan de su cita a ciegas, que suele haber ido fatal, y siempre hay la emoción de si la cosa acabará en boda, que es como llaman a lo que pasa antes de divorciarse, y de si Cilla Black tendrá que comprarse un sombrero nuevo para asistir a la ceremonia.

Pero entonces ¿qué es Cilla Black, un chico o una chica? No parece ni una cosa ni otra. Puede ponerse en el lado de la pantalla donde están los chicos, si quiere; y también puede irse al otro lado, con las chicas. Puede pasar de un lado a otro como por arte de magia, o como si fuera una broma. El público siempre se ríe encantado cuando hace eso.

Estás siendo ridícula, Anthea, dice Midge con cara de suficiencia.

Cilla Black es de los años sesenta, dice nuestra abuela, como si eso lo explicara todo.

Es sábado por la noche, después de cenar y antes del baño. Siempre es emocionante sentarse en sillas que no ocupan su lugar habitual. Midge y yo estamos sentadas encima de nuestro abuelo, una en cada rodilla, y los tres, embutidos en la butaca arrinconada, esperamos a que nuestra abuela también se siente. Ella acerca su propia

butaca a la estufa eléctrica. Aparta la mesita de centro con el peso de todo el cuerpo para poder ver los resultados del fútbol en la tele. No le hace falta el volumen para eso. Luego ordena las revistas de la repisa inferior de la mesita y después se sienta. Nuestras tazas de té humean. Aún tenemos en la boca el sabor de las tostadas con mantequilla. O eso supongo, pues todos hemos comido la misma tostada, bueno, diferentes partes de la misma tostada. Luego empiezo a preocuparme. Porque ¿y si todos notamos un sabor distinto? ¿Y si cada trocito de tostada tiene un sabor diferente? A fin de cuentas, los dos bocados que me he comido no sabían exactamente igual, para nada. Paseo la vista por la sala, de una cabeza a otra. Luego vuelvo a saborear el sabor en mi boca.

¿Nunca os he hablado de esa vez que pasé una semana en la cárcel cuando era una chica?, dice nuestro abuelo.

¿Por qué?, digo yo.

Por decir que eras una chica cuando no lo eras, dice Midge.

Por escribir palabras, dice nuestro abuelo.

¿Qué palabras?, digo yo.

NO HAY VOTO, NO HAY GOLF, dice nuestro abuelo. Nos encarcelaron porque mi colega y yo escribimos esas palabras con ácido en el campo de golf. ¿Para qué quiere ácido una chiquilla como tú?, me había preguntado el droguero cuando fui a comprarlo.

Abuelo, basta, dice Midge.

¿Para qué quiere una chiquilla como tú quince botellas de ácido?, me preguntó el droguero. Y le dije la verdad, idiota de mí. Quiero usarlo para escribir unas palabras en el

campo de golf, le dije, y él me lo vendió, sí, pero luego fue a la comisaría y le contó a Harry Cathcart quién había estado en su tienda comprando un montón de ácido. Aunque nos enorgulleció que nos encarcelaran. Me enorgulleció que vinieran a detenerme. Les dije a todos en comisaría: hago esto porque mi madre no puede escribir su nombre con palabras, ni mucho menos votar. Vuestra bisabuela escribía su nombre con varias equis. X X X. Mary Isobel Gunn. Ah, y cuando fuimos a la Marcha del Barro fue increíble, dice nuestro abuelo. Se llamaba la Marcha del Barro porque... ¿por qué?

Porque había barro, le digo.

Porque el barro nos manchó los bajos de las faldas, dice mi abuelo.

Abuelo, dice Midge. No.

Tendríais que haber oído la mezcla de acentos que había allí, éramos como una gran bandada de aves distintas, todas en el cielo, todas cantando al unísono. Mirlos y pinzones y gaviotas y tordos y estorninos y vencejos y avefrías, imagináoslo. Llegamos de todas partes, de Mánchester, de Birmingham, de Liverpool, de Huddersfield, de Leeds, todas las chicas que trabajaban en el ramo textil, porque eso es lo que hacíamos la mayoría, tejidos, y de Glasgow, de Fife, incluso de aquí arriba. Pronto les asustó tanto nuestra marcha que hicieron nuevas leyes contra nosotras. Dijeron que solo podíamos manifestarnos en grupos de doce como máximo. Y que cada grupo de doce chicas tenía que estar a cincuenta metros de distancia de cualquier otro grupo de doce chicas. ¿Y qué creéis que nos lanzaban mientras nos manifestábamos, qué creéis que nos

lanzaban cuando hablábamos ante las multitudes que se habían congregado para escucharnos?

Huevos y naranjas, digo. Barro.

Tomates y cabezas de pescado, dice Midge.

¿Y qué arrojamos a la Tesorería, al Ministerio del Interior, al Parlamento?, dice él.

Cabezas de pescado, digo yo.

La idea de lanzar cabezas de pescado a edificios oficiales históricos me parece muy divertida. Mi abuelo me sostiene más fuerte.

No, dice. Piedras, para romper las ventanas.

Eso no es muy refinado, dice Midge desde el otro lado de la cabeza del abuelo.

Pues resulta, señorita Midge..., dice nuestro abuelo.

No me llamo Midge, dice Midge.

Pues resulta que sí éramos muy refinadas. Arrojábamos las piedras dentro de unas bolsitas de lino que habíamos cosido a mano expresamente para meter las piedras dentro. Así de refinadas éramos. Pero eso no importa. Da lo mismo. ¿Me escucháis? ¿Preparadas?

Allá vamos, dice nuestra abuela.

¿Os he hablado de esa vez que fui importante de verdad, que fui imprescindible para sacar furtivamente del país a la mismísima Lily la Incendiaria, la famosa chica del noreste que quemaba edificios?

No, digo yo.

No, dice Midge.

Bien, pues os lo contaré. ¿Lo cuento?, dice nuestro abuelo.

Sí, digo yo.

Vale, dice Midge.

¿Estáis seguras?, dice él.

¡Sí!, decimos juntas.

Lily la Incendiaria era famosa, dice nuestro abuelo. Era famosa por muchas cosas. Era bailarina y también era muy pero que muy guapa.

Siempre fijándose en las mujeres, dice nuestra abuela con la vista clavada en el televisor.

Y un día, el día que cumplió veintiún años, el día en que la hermosa (aunque no tan hermosa como vuestra abuela, naturalmente), el día en que la hermosa Lily alcanzó la mayoría de edad —que es lo que pasa el día que cumples veintiún años—, se miró en el espejo y dijo: me he hartado. Voy a cambiar las cosas. Así que salió sin más a la calle y rompió una ventana como regalo de cumpleaños.

Un regalo ridículo, dice Midge. Yo pediré un Mini Cooper para el mío.

Pero pronto decidió que romper ventanas, aunque era un buen principio, no bastaba. De modo que empezó a incendiar edificios, edificios sin gente dentro. Eso funcionó. Consiguió que le prestaran atención. Y siempre la enviaban a la cárcel. Y allí, en la cárcel, en su celda, ¿sabéis lo que hizo?

¿Qué?, dice Midge.

Dejó de comer, dice nuestro abuelo.

¿Por qué?, digo, y al decirlo vuelvo a notar el sabor de la tostada en la boca.

Porque era como anoréxica, dice Midge, y se había visto en demasiadas fotos en las revistas.

Porque no podía hacer nada más, me dice nuestro abuelo

por encima de la cabeza de Midge. Era lo que todas hacían entonces, como forma de protesta. Todas lo habríamos hecho. Yo lo habría hecho. Y también vosotras.

Yo no, dice Midge.

Tú sí. Lo habrías hecho, si era lo único que podías hacer. Y entonces obligaron a Lily la Incendiaria a comer.

¿Cómo?, digo. No puedes *obligar* a comer a alguien.

Le metieron un tubo en la garganta y metieron comida por el tubo. Pero introdujeron el tubo por el canal equivocado de la garganta, se lo metieron en la tráquea, por error, y le bombearon la comida directamente a los pulmones.

¿Por qué?, digo yo.

Ay, dice Midge.

Rob, dice nuestra abuela.

Tienen que saberlo, dice nuestro abuelo. Es verdad. Pasó de verdad. Lo de meterle el tubo por la tráquea hizo que se pusiera muy enferma y tuvieron que sacarla de la cárcel porque casi se muere, y eso habría dejado en muy mal lugar a la policía, a la cárcel y al Gobierno. Pero cuando Lily la Incendiaria mejoró, aprobaron una nueva ley que decía: en cuanto una de esas chicas recupere la salud fuera de la cárcel y no vaya a morirse aquí, bajo nuestra custodia, lo que daría la impresión de que nosotros la habíamos matado, podemos volver a arrestarla.

Pero ¿sabéis qué?

¿Qué?, digo yo.

¿Qué?, dice Midge.

Lily la Incendiaria siguió escabulléndose. Siguió haciendo de las suyas sin que la trincasen. Siguió incendiando

edificios vacíos.

Era una chalada, dice Midge.

Ojo, solo edificios vacíos, dice nuestro abuelo. *Nunca pondré en peligro ninguna vida humana, salvo la propia*, dijo Lily. *Cuando entro en un edificio, siempre aviso a gritos, para asegurarme de que no hay nadie. Y seguiré haciéndolo todo el tiempo que haga falta hasta que las cosas mejoren.* Eso es lo que dijo en el tribunal. Utilizó muchos nombres distintos en los tribunales. Lilian. Ida. May. Lo que os cuento pasó antes de que fuera fácil saber qué aspecto tiene la gente, como hoy en día, por lo que ella se les podía escurrir de entre los dedos, como hace el agua si intentas atraparla con la mano. Todo esto pasó antes de que utilizaran vídeos y fotos, como hacen ahora, para saber quién es todo el mundo.

Yo levanto la mano, cerrada en un puño. La abro, luego la cierro.

Y ella siguió haciendo lo mismo, dice el abuelo. Y la policía siempre la perseguía. Y a la próxima, lo sabíamos muy bien, seguro que Lily moriría, moriría si volvían a atraparla, porque estaba demasiado débil para seguir negándose a comer. Y un día, ¿me estáis escuchando?

Sí, decimos.

Un día, dice nuestro abuelo, un día una de nuestras amigas vino a mi casa y me dijo: Mañana tendrás que disfrazarte de recadero.

¿Qué es un recadero?, digo yo.

Chist, dice Midge.

Yo era menuda, dice nuestro abuelo, tenía diecinueve años pero podían echarme doce o trece. Y tenía aspecto de